

tan santos á los apóstoles, tantas veces reprendidos de terrenos y carnales por nuestro divino Salvador y Maestro. Si en estos tiempos se desprecian las aseveraciones teóricas, y se piden hechos positivos que afecten á los sentidos, hechos irrefragables os he propuesto. Meditadlos en el hombre virtuoso que nos ha traído á este santo templo. No perdais de vista á san Juan de Dios, pues que él os señala la senda recta que conduce á la celestial Jerusalem de la gloria que á todos deseo. Amen.

SERMON

DE SAN JUAN EVANGELISTA.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Hic est discipulus ille qui testimonium perhibet de his et scripsit hæc : et scimus quia verum est testimonium ejus.

Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas y las escribió : y sabemos que su testimonio es verdadero.

S. Juan, c. 21. v. 24.

Difícil es la situación del sacerdote que habiendo de celebrar con elogio las grandezas de un varon tan privilegiado como san Juan Evangelista, tiene que referir en honor suyo los méritos de sus acciones, conservadas no solo en la tradición de las gentes, sino demostradas en esos escritos que ocupan los sagrados Libros.

¿Cómo podré yo atreverme á graduar su mérito, cómo hacerlos notar sus bellezas, si mi limitado entendimiento no puede seguir el rápido vuelo de la imaginacion divina de san Juan, que lanzándose en lo pasado y en el porvenir de los tiempos, ha reunido en cortas, pero inestimables páginas, la historia de los destinos de la humanidad?

¿Quién habrá que pueda hablar dignamente del amado del Señor, del que mas se le ha asemejado entre los hombres por la pureza de su cuerpo y de su alma, habiéndole Jesus hecho su hermano y propuéstole en adopcion á María? Cuando se ha de hacer una reseña de la vida de un hombre; cuando se trata de dar una idea de un suceso presente ó futuro, es necesario que aquel que intente describirle domine el objeto que se propone hacer conocer, y se haga en cierto modo superior á sí; y

yo bien conozco que para hablar de san Juan Evangelista era necesaria una inteligencia superior á la mia, y que yo no puedo llegar á igualarme á san Juan, aunque para ello hiciese los mayores esfuerzos.

Al hombre le es dado amar á Dios, sacrificar por él su existencia y conseguir de su justicia el premio de un sacrificio; pero no tiene en su mano obtener el amor especial que Jesus manifestó á san Juan, ni los dones que este amor le produjo haciendo de él un eminente escritor, el mas sublime de los evangelistas, y un profeta de la nueva ley, como se deja conocer en su Apocalipsis, cuyas predicciones pesan sobre las presentes y futuras generaciones.

Las causas que dieron lugar á que fuese tan privilegiado san Juan, provinieron sin duda de que entre los discípulos del Señor se hallaban los hombres de fe mas ardiente; pero casi todos habian vivido la mayor parte de su vida mezclados en el materialismo de la ley antigua, siendo los mas hombres establecidos; y san Juan vírgen, apénas salido de la pubertad, representaba á los ojos de Jesus aquella pureza de alma y de cuerpo que tanto le agrada y que distinguió á su divina Madre.

Es preciso pararse algo á considerar la índole de nuestra religion, para apreciar debidamente lo grato que es á los ojos de Dios un alma y un cuerpo puros: y así dijo Jesus, segun refiere san Mateo, colocando un niño entre los apóstoles y abrazándole: en verdad os digo que si no os volviereis é hiciereis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos.

En la situación de un niño estaba san Juan cuando siguió á Jesucristo: porque jóven, vírgen y lleno de pureza, creyó en su ley, obedeció ciegamente sus mandatos, y fué por todas estas circunstancias el que mejor imitó y podia imitar las virtudes de su divino Maestro. Estos y otros motivos, solo comprensibles á la Divinidad, son los que hicieron de san Juan Evangelista un ser privilegiado que, como os he anunciado, no está en mis fuerzas elogiar dignamente.

Peró porque sean mas para admirar que para describirse los testimonios de grandeza que nos ha dejado san Juan Evangelista, ¿guardaré silencio sobre ellos? No, porque esto le fuera quizá desagradable; y puesto que á Dios nos dirigimos y de Dios hablamos segun podemos, porque imposible nos es hacerlo segun merece, lo haremos tambien de san Juan: donde sus

acciones excedan nuestra comprension, me contentaré con dirigirle himnos en su loor en cuantas partes hable de él, y en las circunstancias que de él os haga conocer; procuraré su mejor elogio, que será inclinar el ánimo de mis oyentes á que traten de acercarse á sus virtudes. Esto es lo que siempre agrada á Dios y á las almas que en él habitan; porque los buenos, los santos son amantes de la humanidad, y desean que los hombres entren por medio de la virtud en la celestial morada, donde gocen la verdadera paz y tranquilidad en medio de los divinos éxtasis de la contemplacion de nuestro Criador.

El objeto de mi discurso será haceros conocer las eminentes dotes que adornaron á san Juan Evangelista, y conforme os las describa manifestaros cómo debeis obrar para aproximaros al estado de pureza que es necesario poseer para entrar en el reino de los cielos.

Para conseguirlo, á pesar de mi voluntad y deseos, ya conocéis que mis fuerzas son insuficientes; porque san Juan es un tesoro de divinas dotes; y un sacerdote como yo, apénas puede comprenderlas contentándose con admirarlas. Pero los auxilios de la divina gracia hacen de los hombres rústicos é indoctos, sabios y entendidos moralistas, como vemos en los apóstoles, tan sabios en la doctrina evangélica, como eran ignorantes ántes de poseer la divina gracia. Implorémosla pues por medio de la que siendo Madre de Dios, aceptó como hijo á Juan, saludándola con las palabras del ángel, diciendo: *Ave María.*

Como expresa el texto, que he tomado para mi discurso, del evangelio de hoy, el evangelista san Juan es aquel discípulo que escribió y dió testimonio de las cosas que pasaron á Jesucristo en la tierra, y de las doctrinas que predicó durante su permanencia entre los hombres; pero no como los otros evangelistas contando solo lo que vieron materialmente de Jesus, sino de un modo mas sublime, y enseñando lo que él aprendió respecto á la unidad del Padre, del Hijo y el Espiritu santo, segun él lo habia oído de su divino Maestro.

Era san Juan hermano de Jacobo, hijo del Zebedeo, y de oficio pescador: la ocupacion que tenia cuando Jesucristo le llamó con su hermano para que le siguiesen, era el remendar

unas redes de pescar : ocupacion bien material, y bien contraria al parecer y en el órden humano á la ciencia y al privilegio de saber que se descubre en sus obras.

San Juan, el mas jóven de los apóstoles, y el que amó á Jesus con aquella efusion de sentimientos que tienen los pocos años, y que la edad y los desengaños aniquilan, haciendo nacer en nuestra alma la desconfianza, la precaucion y la cautela, que serán muy á propósito para consumir los planes de los hombres en la tierra, pero poco á propósito y ménos gratas á Dios que ese amor apasionado que le tienen las almas que le adoran con verdadera efusion, y que están dispuestas á abandonarlo todo por seguirlo. San Juan desde que siguió á Jesus fué siempre su mas inmediato y constante compañero, siendo distinguido entre los demas, segun expresan los santos evangelios, llamándole por antonomasia el discípulo que Jesus amaba.

Os he indicado que Dios al escoger y dar preferencia á sus escogidos, tiene razones que son ocultas á los mortales por su limitado entendimiento; pero algunas se infieren fundadas en razones de nuestro alcance, y que conviene exponer para confusion de los incrédulos, que piensan que los dogmas católicos no sufren discusion, cuando su comparacion con los de las demas religiones dan siempre por resultado el triunfo completo de su verdad y su bondad. San Juan era el mas amado de los apóstoles, es verdad; pero ¿no tenia alguna cualidad que le hiciese acreedor á esta superioridad? ¿No era por mas de un concepto acreedor á las distinciones que mereció del Salvador del mundo? Yo os demostraré que sí, no rebajando el mérito de sus compañeros sino para ostentar los suyos como lo merecen.

En lo bueno, en lo mejor hay siempre un óptimo que se aumenta en proporcion que la criatura se eleva y se asemeja al Criador: por esta razon, las jerarquías celestes, segun las describe san Dionisio Areopagita, forman cierta gradacion de optimismo en los coros celestiales, que no suscitan como entre los hombres, ni odios, ni rencillas ni ninguna de esas pasiones malas que fomenta el demonio; porque en las moradas de la vida gloriosa no se conocen las malas pasiones, y el demonio no puede entrar á fomentarlas. En el concepto de mejor entre los buenos, es como san Juan tiene una superioridad real sobre

los demas apóstoles, no en punto á jerarquía ni á categoría, sino con relacion á los méritos y títulos que tenia del amor de Jesucristo.

En todas partes donde Jesus y su divina Madre padecian angustia y pesar, allí se encontraba san Juan, como se ve en la vida de Jesucristo y en los principales y mas dolorosos actos de su pasion. Amaba san Juan tanto al Hombre Dios como hombre solamente, cuanto al Hijo de Dios como una de las personas de la santísima Trinidad. La pureza de su cuerpo y la práctica de las mas eminentes virtudes, unidas á un gran talento, le daban una superioridad que en ninguna parte se nota tanto como en sus escritos, graduados por los mas eminentes escritores sagrados, como los mejores.

Segun la opinion recibida entre los hombres versados en las sagradas letras, entre todos los libros escritos la sagrada Escritura es el mejor: y para ver esta verdad basta leerlos; porque en ellos se encuentra unida la sublimidad con la sencillez, la profundidad con la claridad, la verdad y la imparcialidad elevadas al último grado, y con un sabor de divinidad que les hace distinguirse de los demas libros hechos por los hombres. La sagrada Escritura se compone del antiguo y nuevo Testamento: y así como toda ella excede á los demas escritos profanos, el nuevo Testamento excede al antiguo por la clase de premios que ofrece, y por el engrandecimiento que hace del hombre, que penetrado de un verdadero amor á Dios, se hace superior á todo acontecimiento que le ocurra.

La ley antigua prometió á los judíos solos una tierra fértil y abundante y la proteccion de Dios en esta vida siempre que guardasen su ley; y esto no de una manera perpetua, sino transitoria y perecedera. Pero en el nuevo Testamento todo lleva el sello de la eternidad: todos los hombres, sin distincion de clases, sexos, pueblos y naciones, son llamados: y las promesas no son de bienes perecederos; son de una vida eterna é infinita, llena de inefables goces celestiales.

Entre todos los escritos que componen el nuevo Testamento, los Evangelios son los mejores; porque en ellos está reunida toda la doctrina de nuestra religion, unida á los altos y admirables hechos de Jesucristo sobre la tierra: y de estos Evangelios, el mas notable por su sublimidad, por la grandeza y cono-

cimientos con que está escrito, es el de san Juan; y por esto es su símbolo el águila, cuyo elevado vuelo la da una superioridad grande sobre todas las aves.

San Juan no escribe solo los hechos del Hombre Dios cuando estuvo en el país judío y se sujetó á sufrir muerte y pasión por nosotros, sino que atravesando, cual el águila con rápido vuelo los aires y espacios, se presenta delante de Dios y describe con sublimes palabras la verdadera naturaleza de Cristo, y su preexistencia y eternidad infinitas. Los demas apóstoles hablan de Jesus como si fuera un mortal nacido de la casa de David; pero san Juan nos dice: *In principio erat Verbum*; manifestando que ántes de que el hombre fuese criado, ántes de que la tierra contuviese mares, rios y montañas que alimentasen los infinitos seres que la pueblan, existía el Hombre Dios, el Verbo que fué conocido en la tierra con el nombre de Cristo.

Los motivos que tuvo para escribir su evangelio, con el fin de acabar con las herejías que nacieron en la iglesia desde los primeros tiempos, le movieron á ejecutar un trabajo que fuese el complemento de los escritos de los demas evangelistas, cuyas omisiones suplió, dando testimonio en su favor de la verdad de lo que habian escrito.

Los demas evangelistas habian escrito con buena fe, y sin ánimo de combatir las dudas y errores que se propuso impugnar san Juan: y solo á este fué dado reunir en su Evangelio, con admirable laconismo, el dogma de nuestra religion desde el principio de las cosas hasta la eternidad: así es que él ántes de todo trata de la eternidad, de la esencia divina y diversidad de sus personas, y cuenta despues con consecuencia en tales principios lo ocurrido ántes de nacer Jesucristo, y lo que estableció como jefe y supremo patriarca de nuestra religion. Pero no extrañarémos la profundidad y elevacion de los pensamientos de san Juan, parando nuestra consideracion en algunos de los acontecimientos de su vida. Este discípulo amado del Señor estaba cuasi identificado con el alma de su divino Maestro, y parece que en ella habitó, sobre todo en aquellos momentos en que reposando en el seno de Jesus, tuvo un sueño extranatural, ó mas bien un éxtasis de comunicacion en que el alma de Jesus y de san Juan se unieron. Este favor que le dispensó su Dios fué debido á su pureza: porque solo á un alma pura como

la de san Juan podia unirse la purísima de Jesus. En esta union con su Dios es donde aprendió la doctrina evangélica en la forma que se ve en sus escritos.

No son, no, una mera relacion de los sucesos humanos; es la mas luminosa y sublime teología que puede escribirse: porque en sus escritos se halla todo lo que está al alcance de los hombres saber de Dios. Á sus inspiraciones se debe la destruccion de las herejías que principiaron á querer sofocar la religion de Jesucristo en su cuna, introduciendo dudas algunos sobre su existencia ántes de María, á las que contesta con las palabras primeras de su Evangelio: *in principio erat Verbum*: existia el Verbo en un principio: otros decian que Cristo habia existido ántes de su nacimiento, pero que no era Dios, y á este tenor otros, que con estas dudas y cuestiones distraían la fe de los fieles, sembraban la duda, y facilitaban al demonio la posesion de las almas. Pero para mejor apreciar esta victoria que él consiguió contra esos herejes con solo su palabra y su espíritu de verdad y claridad, os diré algo de su situacion.

Habia sido san Juan Evangelista, como todos los apóstoles, un predicador celoso de la doctrina evangélica, y por esta razon perseguido, maltratado y martirizado, aunque no hubiese muerto por favor especial de la divina Providencia: desterrado últimamente á la isla de Padmo, donde compuso el libro del Apocalípsis, durante su destierro habian nacido las herejías de que os he hecho mencion.

Muerto Domiciano é imperando Nerva, volvió á su silla de Éfeso, donde su rebaño estaba disperso y descarriado como todo aquel á quien privan del pastor que le dirige: el respeto y veneracion á sus virtudes se habia olvidado con su ausencia; y los enemigos de la naciente religion cristiana se aprovecharon de estas circunstancias para aniquilarla: su edad nonagenaria hacia temer á los buenos fieles y obispos la pérdida del último de los apóstoles que vivia, y al que se dirigian los ojos de los fieles con un respeto semejante á aquel que se tiene al soldado, que habiendo servido al lado de un gran capitán, representa su gloria en su persona.

En este estado, afligida la iglesia por los males, extinguido el saber, le rogaron que dejase, como testigo ocular, una noticia de Jesucristo que bastara á contener el ímpetu de sus enemigos. Los demas evangelistas no eran conocidos de todos, y no

eran suficientes á contener la irrupeion que los herejes intentaban en la viña del Señor; y solo su autoridad, su fama y el respeto que se tenia á su sabiduría podian contener el torrente que amenazaba arrastrar los cimientos de la iglesia de Jesucristo.

Persuadido nuestro apóstol de la verdad de estas razones, dispuesto á continuar consagrando á su Dios hasta el último aliento de su existencia, ordenó rogativas y ayunos para que Dios le inspirase, y salió ese Evangelio que es el mayor monumento de su gloria. Su aparicion fué la ruina de las herejías; y la uncion de sus cartas á los pueblos, prelados y fieles que le escuchaban, reanimó la fe perdida, haciendo la mas gloriosa conquista de almas que ha podido hacerse en el mundo.

A su voz cedian las dudas sobre la divinidad; se conoció á Dios; se aprendió á amarle como es en sí, y se evitaron las cuestiones que con insidiosas miras han propuesto cuantos han pretendido socabar y minar la iglesia de Jesucristo. Esta conquista sí que es gloriosa: estos hechos, que demuestran unas cualidades eminentes, sí que son dignos de alabanza y preferidos á esas victorias que el mundo llama gloriosas, y no son mas que montones de cadáveres hacinados á los piés de un hombre inhumano.

Colóquense á su lado los héroes del mundo: apréciense en su verdadero valor lo bueno y lo malo, no confundiendo como suele hacerse las virtudes con los vicios, y entónces se verá la inmensa diferencia que hay entre los servicios que hizo san Juan con la reorganizacion y dilatacion de la iglesia maltratada, y los que se premian con honras y riquezas en esos hombres mundanos y orgullosos, que cifran su valor en la disposicion que tienen á derramar sin piedad ni compasion la sangre de sus hermanos.

Á vosotros que sois cristianos, y que sabeis que llegado el término de la vida nada queda de cuanto nos rodea en la tierra, os consta que el alma es lo mas precioso de nuestro ser, y que las almas se pierden si no cumplen su destino de ser dignas de parecer en la presencia de quien las ha criado, y no ignorais tampoco que ante esta clase de intereses todos ceden. Tambien conoceis, no solo por la luz de la fe, sino por la de la razon y la de la filosofia verdadera, que las almas no se conquistan con el hierro ni con el fuego, porque Dios no atiende á quien no le

ama con buena voluntad. En este concepto, decidme: ¿qué es la gloria de esos hombres que conmueven la tierra con sus horrores, y que cual otro Atila, llamado el azote de Dios, tienen la pretension de reducir á bosques y á yermos las ciudades? Qué almas ganan? Qué voluntades rinden? ¿Serán las del pacífico ciudadano que presencia el incendio de la casa que le vió nacer? ¿Será la de la esposa que ve espirar herido por la espada al compañero de su vida? ¿Será la del anciano que ve mutilado en el combate al hijo que habia de sostener su vejez? ¿Será la del huérfano que ve su padre asesinado, su madre muerta por las brutalidades de los guerreros, y no halla mas consuelo en su abandono que llorar por los dias de su vida amenazado del hambre y la desnudez? Ah! oidme, hombres llamados de glorioso recuerdo! Alzad vuestra frente otro tiempo erguida, y ahora pisada ó hecha pasto de los insectos; y decidme si sois héroes, si merecisteis alguna vez otra cosa mas que la maldicion de las generaciones contemporáneas á vuestra tumultuosa vida.

Por el contrario es nuestro santo evangelista, porque vivo con su virtud y muerto con sus méritos, no cesa jamas de aconsejar la doctrina de Jesucristo, y sobre todo aquel precepto de caridad encerrado en las palabras: *Filioli, diligite alterutrum*: hijos, amad á vuestros semejantes. Estas eran las palabras que salian continuamente de su boca, y las armas con que vencía á sus enemigos: estas sí que son armas que sanan, y no como las imaginadas del célebre juego que cantó Homero, y á las que atribuía la cualidad de sanar las heridas que hacian. Las armas que usaba san Juan eran un bálsamo que curaba las heridas del alma, y la encaminaban á la verdadera salud, y del todo contrarias á las de los conquistadores, que nos aturden con el ruido de sus destrucciones. Son las heridas de ellas engendrar en el alma el amor á sus semejantes. El ciudadano ve su hogar seguro del incendio y del ataque: el esposo respira tranquilo al lado de su compañera: el anciano encuentra hijos sumisos que le ayuden en su vejez; y el huérfano, si alguna vez implora á sus semejantes, halla un techo hospitalario y el alimento que necesita.

Amándose el uno al otro, la paz tan amada de Dios impera, y las almas escuchan la voz de la conciencia, inclinándose á marchar por la senda de la virtud. En vista pues de estos resul-

tados ¿habrá quien crea superior la gloria de los mayores conquistadores, á la de san Juan escribiendo su evangelio, destruyendo con él las herejías y conquistando las almas para su verdadero destino?

Algunos creerán al oír hablar de las conquistas morales de san Juan, que no está en un caso excepcional, porque otros santos tambien las han hecho gloriosísimas y numerosas; pero en esto padecen una equivocacion, como demostraré. Los demas evangelistas habian escrito la vida ó tránsito de Jesucristo por la tierra de un modo sencillo; y aprovechando ciertas omisiones, se levantaron infinitas herejías, y los males que de estas hubieran venido á la iglesia hubieran sido proporcionados á los que ha sufrido á pesar de tener en san Juan el mas poderoso apoyo con su luminoso Evangelio. Pero no es solo el mal evitado con él, su mayor beneficio: el mayor está en la constante persuasion que está labrando su lectura en cuantos le leen, que no son tantos en verdad como debieran, por el abandono en que hoy mas que nunca se tiene á la religion.

Un escrito como el Evangelio de san Juan, es uno de aquellos servicios hechos al hombre, que pueden compararse á los del mismo Dios: porque nadie como san Juan imitó su predicacion, como se demuestra en las palabras de caridad que salian de su boca continuamente; de tal manera, que preguntándole sus hermanos y sus discípulos por qué siempre las repetia, contestó: porque es precepto del Señor; y si se cumple es bastante á la salvacion. ¡Qué leccion tan preciosa y tan sublime nos dió Jesucristo y nos ha trasmitido san Juan, con el aditamento de que cumplida basta á la salvacion! Si pensáramos en ella bien, en esta asercion encontraríamos todos los medios de satisfacer nuestras necesidades espirituales: porque el que ama á sus semejantes, no puede ménos de amar mucho mas á su Dios, y amarse á sí mismo lo bastante para pensar en el verdadero interes de su salvacion. Nunca esta virtud escasea mas que ahora, y nunca está en esto san Juan mas desatendido. Donde quiera que tendamos la vista, sea por herencia trasmitida por las guerras, sea por la corrupcion de las costumbres, nunca se ha visto ménos amor de uno para con otro.

El hombre público no piensa mas que en los medios de su plantar al que está mas adelantado en su carrera; y solo deja de odiar á su superior, cuando le ha derribado y no puede oscu-

recer su nulidad: el comerciante, el especulador no alarga su mano con sinceridad ni una vez siquiera al compañero de su oficio que pueda quitarle la mas mínima ganancia: el jóven no ve nunca á la esposa de su amigo sin ofrecer una mirada cariñosa, sin despertar un afecto de odio, que suele ser causa de infinitos desórdenes; y por este estilo el amor de uno al otro que tanto recomienda san Juan, se halla desterrado de entre nosotros con grave perjuicio en verdad de nosotros mismos.

Bien mereció ser amado de Jesucristo con predileccion el discípulo que ha prestado á la iglesia su esposa los mas señalados servicios; y bien merecia que nosotros le honrásemos, no con palabras que nunca bastarán á honrarle como merecen sus virtudes, sino con obras que le hiciesen gratos nuestros obsequios. Bien podíamos amarnos los unos á los otros en lugar de llenar nuestro ánimo de ese odio venenoso que fatiga los dias de nuestra existencia, sin la esperanza de salvacion que consuela tanto al que padece.

Los efectos del odio son de una calidad mala entre todas las pasiones malas; porque en las demas pasiones hay un momento de extravío, en que el hombre, si se olvida de Dios, se embriaga en la satisfaccion de su deseo, aunque despues un continuo remordimiento de conciencia nos acibare el inconsiderado placer á que nos abandonamos; pero en el odio, ademas de ese torcedor continuo que nos impide elevar al cielo una mirada suplicante, no hay ninguna clase de enajenamiento de goces: por manera que resulta ser tormento en la vida de la tierra y en la vida eterna. Y no obstante vivimos odiando siempre. Cuánta ceguedad! ¿Por qué no imitamos á san Juan Evangelista, que siempre amó hasta su muerte? ¿Y nos quejarémos de que Dios no nos prefiera como á él le prefirió, cuando debiera hacer descender rayos de su ira sobre nuestros pecados?

El Señor distinguió á san Juan por dos razones ostensibles, ademas de las que tiene siempre para obrar en su alta providencia. Una fué su pureza de que algo os he dicho; otra es el amor que san Juan tenia á Jesus, como lo demuestra el cariñoso reclinamiento que hizo sobre su pecho, cuando llegó á comprender los peligros que le amenazaban por la traicion de Judas, que le habia de entregar: y aun pudiéramos añadir entrelazando los sucesos pasados en el tiempo en que vivió Jesucristo y despues, porque Jesucristo sabia que habia de ser el que sos-

tendria á los vacilantes fieles en la fe con una predicacion luminosa á la par que sublime de su doctrina.

Los favores concedidos á san Juan, en mayor ó menor escala, segun las virtudes que cada uno posee, todos los obtienen: pero ¿quién de vosotros es puro como él? ¿Dónde está la castidad de vuestros cuerpos y la pureza de vuestras almas? ¿Es acaso en esas casas de prostitucion, que con oprobio de nuestra religion son un adorno en nuestras ciudades? ¿Están en esas mancebías y abarraganamientos en que el esposo y la esposa adulteran y tal vez arruinan á sus legítimos hijos? ¿Están la castidad del cuerpo y la pureza del alma en los que, ya sean hombres, ya sean mujeres, buscan todas las ocasiones de despertar pensamientos lúbricos y excitaciones pecaminosas? Pues esto, esto es lo que está esparcido entre nosotros: esta es la pureza que desde nuestros primeros años adquirimos, y la castidad con que honramos los preceptos de Dios y nos ponemos en su presencia; y tal estado es muy diferente del que san Juan tenia cuando mereció ser el mas amado de los discípulos de Jesucristo. Harto tenemos que agradecer y bendecir á Dios, porque siendo tan faltos de pureza y castidad provee á nuestra subsistencia y comodidades, sin que nos tomemos ni la molestia de implorarlas.

Pues respecto al amor á Dios, la comparacion de nosotros con san Juan nos es tan poco favorable como la de pureza y castidad, porque nosotros no solo no le amamos con preferencia á los objetos que nos rodean, sino que solo pensamos en él cuando ya no nos queda en este mundo nada en que pensar. Cuando nuestros desórdenes ó nuestras desgracias nos reducen á la miseria, y los hombres que en tiempos pasados nos adularon nos reciben con desprecio, entónces solo nos acordamos que Dios es verdaderamente amable y digno de que se le hagan los mayores sacrificios, y hasta en estas ocasiones el amor que le manifestamos es interesado; y no le pedimos fuerza para sobrellevar nuestras desgracias y los trabajos necesarios á la expiacion de nuestras faltas, sino la recuperacion de nuestros perdidos bienes, y la esperanza de que podremos vengarnos de los que nos han abandonado.

¿Y cuáles son los servicios que hacemos ó pensamos hacer para que su iglesia prospere y rechaze los ataques que recibe de sus enemigos interiores y exteriores, conocidos y descono-

cidos? ¿Practicamos como san Juan una virtud austera que nos haga respetables y respetados, de modo que á nuestra voz entren en el rebaño del Señor los extraviados? ¿Escribimos algo que se asemeje á los admirables escritos de san Juan, que son uno de los mas firmes apoyos de la verdadera civilizacion?

Desengañémonos, amados oyentes; nosotros somos malos y nada hacemos para merecer los favores y la predileccion del Señor; y así no extrañemos que cuando ménos se piense nos venga todo género de desgracias; porque solo los sufrimientos nos hacen humillar en la presencia del Altísimo. ¿Si tuviéramos siquiera el deseo de ser mejores! Entónces yo me atreveria á implorar á san Juan y decirle: Sublime Evangelista! Tú que sentado al lado de Dios, que tanto te amó, ves nuestros corazones y nuestra debilidad, ruega por nosotros. Somos débiles como malos, pero queremos dejar de serlo, y nuestra intencion es ser mejores. Tú lo ves: tú conoces que queremos honrar tu festividad con un nuevo modo de vivir mas aproximado á tus sublimes virtudes. Ayúdanos: interpon con Dios la poderosa influencia que tienes como su discípulo mas amado, y haz que seamos sostenidos por su gracia en tan buenos propósitos. Ah! si tal lenguaje y tales propósitos nacieran en los corazones de mis oyentes; si desde hoy os amáseis unos á otros como repetia con frecuencia san Juan, la gracia vendria sobre vosotros y seriais felices en esta vida y en la otra, como yo os lo deseo. Amen.